

ese poema o bien de ese alejandrino único hacia el cual tienden –según Mallarmé– las diversas y vanas actividades de la vida universal».

Proust, que desechó los goces del mundo y recluso durante diez y siete años se consagró a escribir, consideraba en cierto modo sacrílega la despreocupación literaria de que Stendhal hace alarde. No cree en ella. La obra de Beyle –parece insinuarnos– participa del carácter equívoco de una dudosa confianza. Necesitamos tomarla con beneficio de inventario. Novelas y cuentos, libros de viaje o ensayos críticos, no son en el fondo sino confesiones, otros tantos *souvenirs d'egotisme* donde Beyle refleja su capciosa intimidad. En ellos salen a flote los odios y entusiasmos del autor, simpatías y desprecios, genialidades y ridiculeces. Lo que era y, sobre todo, lo que anhelaba ser. Escribir un relato admirable para combatir el aburrimiento: bonita actitud en aquellos tiempos de «dandysmo», cuando los elegantes, empeñados en exteriorizar su hastío, enarcaban las cejas y torcían los labios en un gesto de displicencia... A Stendhal lo cautiva la despreocupación, y a veces se preocupa demasiado en aparentarla. Exagera sus defectos, compone su indumento espiritual y le asigna igual importancia que a las lujosas prendas con las cuales se adorna en sus períodos de efímera holgura. Esto no significa que *La Cartuja* fuese para Beyle un mero ornato de su persona. Pero una vez escrita, al contemplar a lo lejos el conjunto desde la cómoda atayala de un prefacio, no era Beyle quien desdeñase la atmósfera sugestiva, la sombra leve y reticente que un libro proyecta sobre su autor. Como sucede en el mundo físico, esa media luz permite apreciar manchas minúsculas, pigmentos apenas perceptibles, verdes, rosados, grises, que a pleno sol pasan inadvertidos. El joven obispo de *Rojo y Negro*, que se prueba la mitra y ensaya bendiciones delante del espejo, nos hace pensar en Stendhal cuando prepara, por la noche, las agudezas con que ha de asombrar en las tertulias al día siguiente, o escribe los prefacios de sus libros. «Os prestaré las memorias del canónigo que se refieren a Parma –le dice el sobrino en la «Advertencia» de *La Cartuja*– durante la época en que la Sanseverina producía, a su antojo, la lluvia o el buen tiempo. Pero ¡cuidados! Esta historia no es nada moral, y ahora que os jactáis en Francia de pureza evangélica puede procuraros el renombre de un asesino. ¡Delicioso peligro! ¡Qué júbilo para Stendhal, admirador de Laclos, si *La Cartuja* hubiese arrancado una orden semejante a la que Madame de Coigny impartió a su suizo, luego de leer *Liaisons Dangereuses!*

–¿Conocéis a ese caballero delgado y amarillo que viene frecuentemente a visitarme? Nunca estaré en casa cuando pregunte por mí. Sentiría miedo si me encontrara a solas con él.

Afirma Giraudoux que *Liaisons Dangereuses* puso en evidencia el fondo vital y auténtico del siglo XVIII. «Mientras que los rosacruces, los francmasones –agrega con mucha gracia– todas las sociedades pretendidamente herméticas y sus dogmas cifrados fueron descriptos y descu-

biertos en cien panfletos, la sociedad por excelencia –la sociedad francesa del siglo XVIII– había conseguido dar a cada uno de sus componentes las costumbres de un miembro de club. El prestigio de ese club, al que se enorgullecían de pertenecer a título de simples miembros los reyes y las emperatrices extranjeras, era tal, que ninguna de las tentativas para anatematizar las misas negras públicas había conseguido su objeto. En un momento dado estalló la traición. El panfleto tenía forma de novela y se llamaba *Liaisons Dangereuses*».

En este sentido podemos decir que todo novelista de costumbres, cuando tiene talento, se hace culpable de una traición semejante. Compromete el presente para congratularse con el futuro. Transgrede la tácita obligación que se había impuesto de callar y descubre el mecanismo de un sistema social al que pertenece y que lo ampara con su complicado juego de convenciones, sus jerarquías ficticias y sus vicios. Delata lo que todos sabían, pero que, hasta entonces, nadie se atrevió a decir. Stendhal y Proust, cada cual con la época en que actuó, cometieron pareja infidencia.

El testimonio de Stendhal es fantasioso e injusto. Su mocedad coincide con la campaña de Italia. El joven Beyle presencia la batalla de Marengo y puede ver al águila napoleónica iniciar su vuelo arrebatador, elevarse a gran altura, paulatinamente caer. Esa ráfaga de franqueza brutal, de genial extravío, que barrió al continente, había amainado por completo. Stendhal admira en Napoleón al «hombre más portentoso de su siglo», que le ha permitido vegetar en las ciudades italianas, conversando con grandes damas viciosas mientras toma sorbetes y escucha a su inefable Bellini, pero desprecia la agobiadora organización del Imperio, del cual es un íntimo e ineficaz resorte. Los consejeros de Estado le producen náuseas y los militares franceses «son tontos, insolentes, charlatanes y gritones»... Publica su primer libro en pleno legitimismo, durante el gobierno de Luis XVIII, cuando la sociedad francesa había sufrido una profunda transmutación. En tanto el pueblo se mantuvo esclavo y conservó crasamente sus prejuicios, la nobleza, desembarazada de los suyos, enunciaba las teorías más peligrosas. El pueblo a la postre, se aleccionó. Después del caos de sangre y de lágrimas del 9 Thermidor, las clases altas aprendieron a su vez y ofrecían un ejemplo muy distinto. Stendhal sólo halla énfasis, devoción e hipocresía encubierta bajo una austera moral. Ha terminado la encantadora franqueza de costumbres, la osadía, el libertinaje del pensamiento, el predominio de los Voltaire, de los Diderot y de los Rousseau. En cada joven burgués que expresa libremente sus ideas, se olfatea un futuro jacobino. Cae Luis XVIII, y bajo Luis Felipe, Stendhal, que había jurado fidelidad «a la augusta Casa de Borbón», se ocupa en buscar un emblema digno del escudo del Duque de Orléans. Y al cabo de mucho trabajo encuentra la cifra 29 –que conmemora la gran jornada de julio– y un puesto de cónsul en Trieste.

Entonces aparece *Rojo y Negro*, crónica de 1830, donde se pinta, entre otras cosas, la corrupción pública y venalidad general, el servilismo de los funcionarios de París y de provincias...

Julián Sorel, tal como Beyle, «se habría dejado matar» por el destierro de Santa Elena, pero esconde cautelosamente su retrato entre las pajas del jergón. Es incrédulo, ambicioso y taimado, con frecuencia insensato por exagerada suspicacia. «Posee lo imprevisible» y descuella entre los seres razonables y mezquinos que lo rodean. Stendhal lo ha dotado de aquellas calidades que en él brillaban por su ausencia. Le concede belleza física, modales seductores, éxitos amorios y hasta le prende una cruz en la solapa del frac, «la primera cruz del mundo», que Beyle trataba en vano de obtener. Cercano al triunfo, Julián tiene un gesto de estoicismo que lo magnifica. Ha perdido la ambición. Experimenta un indomeñable desprecio por las vanidades que estuvieron a punto de malear su carácter y no transige con su tiempo. Pero, hasta la muerte de Julián, la sociedad de 1830 va ostentando ante el lector su contorno poliédrico de facetas repulsivas. Burgueses, aristócratas, jesuitas, alcaldes, prefectos, jurados –bicharracos movedizos y ominosos– bailan una zarabanda endemoniada. El pueblo grande y sanguinario, que asistía a las ejecuciones en la Plaza de la Grève, gime ahora a las puertas de la cárcel y corea, bajo la lluvia, las letanías que musita «un cura hipócrita». El padre de Julián lucra con su cadáver, y Matilde, que no perdona ni esos sagrados momentos para representar su papel, besa la cabeza guillotizada de su amante...

Marcel Proust escribe su vasta novela en la Tercera República. La aristocracia francesa ha dejado de constituir la clase directora del país. Visto desde afuera, este mundo, entregado a su placer y apartado del resto de la Nación, donde se combinan unos con otros y se cotizan, como en la Bolsa, los más bellos nombres de L'Ile de France, se halla envuelto en una aureola de prestigio y de poesía. Pero el ciclo de Proust penetra en el Faubourg Saint Germain, y los seres que en él actúan, sometidos a las artimañas de este sutil ilusionista, se van desposeyendo poco a poco de su encanto. La tarea demoledora que Proust ejecuta, de acuerdo con su estrategia, cuando ya ha derrumbado mentalmente el artificioso andamiaje que levantaban sus deseos –vale decir, en lugar de rechazar las cosas una vez que ha observado sus defectos, se percata de ellos y reemplaza los valores desmesurados y ficticios que les asignaba por sus valores reales, cuando ya las cosas no le interesan–, adquiere su potencia máxima al socavar la coronación del edificio francés. Especie de Jehová valetudinario y grácil, haciendo arder Sodoma y Gomorra con un despego e inclemencia dignos de sus antepasados judíos, el delicado Marcel sólo admite la muerte cuando ha consumado su venganza: la venganza del individuo contra su época, la venganza de Proust contra Marcel Proust